

CAMINOS DE CONVERSIÓN (III)

Del miedo a la confianza

“*El miedo llamó a mi puerta. Salió la fe a abrir y no había nadie*” (M. Luther King). Abordamos ahora el tercer paso en nuestro camino hacia la Pascua: proponemos pasar **del miedo a la confianza**.

¿Qué sitio tiene la confianza en este mundo?, ¿se apoyan nuestras relaciones en la confianza o en la desconfianza? Quizás estamos llenos de miedos: al futuro, a los demás, al ridículo, al qué dirán, al sufrimiento...; quizás muchos de esos miedos tienen que ver con un orgullo escondido y el temor a descubrir nuestra debilidad o limitación; quizás, apoyados en nosotros, hemos experimentado avances y también retrocesos frustrantes. Hoy, **lo que proponemos es no caminar solos, sino llevados de la mano, o mejor incluso, llevados en brazos**. Y es que, como Charles Péguy, podemos poner en boca de Dios estas palabras: “*Me gusta el que se abandona en mis brazos, como el bebé que se ríe y no se ocupa de nada*”.

“*Dichoso el hombre que pone su confianza en el Señor...*”. **Dios es confianza**: Él se ha fiado de ti, cree en ti, confía en ti... te ha hecho “*capaz*” de Él y te ha dotado de lo más precioso, la libertad. **Jesús**, el hombre por excelencia, **es confianza**: confía en el Padre, confía en las gentes, confía en los discípulos más allá de sus fallos. **María** se fió de Dios, aceptó en su mente, y engendró a Cristo en su seno. **San Pablo** se lo dejó muy claro a su discípulo Timoteo: “*Sé de quien me he fiado*”. Muchos hombres y mujeres, a lo largo de la historia, han mostrado con sus vidas senderos que llevan a la fuente viva, a la felicidad, porque se dejaron modelar por el Espíritu Santo con la música de la confianza. Como muestra un ejemplo; **Teresita de Lisieux** nos dice: “*Lo que agrada a Dios en mi pequeña alma es la confianza ciega que tengo en su misericordia... aunque hubiera cometido todos los crímenes posibles, seguiría teniendo la misma confianza; sé que toda esa multitud de ofensas sería como una gota de agua arrojada en una hoguera encendida*”.

Los **Salmos** son como el frescor de un bálsamo para nuestros pies cansados: “*Tú solo, Señor, me haces vivir tranquilo*” (4,9); “*Mi suerte está en tu mano*” (15,5); “*Nada temo porque Tú vas conmigo*” (22,4); “*Sólo en Dios encuentro descanso, de Él viene mi salvación; sólo Él mi roca, mi baluarte*” (61,2); “*Mi alma está unida a Ti, tu diestra me sostiene*” (62,9); “*Cuando camino entre peligros me conservas la vida*” (137,7)... Permitidme, para terminar, orar con el salmo 130 -mi preferido-: “*Señor, mi corazón no es ambicioso, ni mis ojos altaneros; no pretendo grandezas que superan mi capacidad, sino que acallo y modero mis deseos como un niño en brazos de su madre. Espere Israel en el Señor, ahora y siempre*”.

¿Quién dijo miedo? La semana pasada escuchábamos en la segunda lectura: “*Si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros?... ¿Quién nos separará del Amor de Dios?*”. **¡Feliz y Santa Cuaresma!**

Luis Emilio Pascual Molina
Capellán de la UCAM